

LIBROS

“POEMAS DEL DIVÁN DE ORIENTE Y OCCIDENTE”

DE

JOHAN WOLFGANG GOETHE

Jenaro Taléns y César Simón se han dedicado con seriedad e intensidad, en colaboración con Erns-Edmund Keil, a traducir al castellano la poesía alemana menos conocida. Ya comenté en otro lugar las ediciones de los expresionistas y de Gryphius publicadas en la colección Hontanar. Ahora me quiero referir a la versión de los “Poemas del Diván de Oriente y Occidente”, de Goethe (1), que han llevado a feliz término Jenaro Taléns y E. E. Keil. Se trata de un breve cuadernillo que depara al lector inesperadas sorpresas. Goethe es un escritor que siempre ha aparecido muy lejano para el lector español. “Fausto” o “erther”, por sus implicaciones pasionales, siempre han sido las obras más editadas y leídas; pero bien poco se conocía de su interesante poesía. En Goethe, como afirma Taléns en la nota introductora, se funden “la atracción de la cultura y la civilización orientales y una dolorosa anécdota personal”. Sus poemas se ven así teñidos de un vitalismo contenido y dominado que hacen del escritor germánico un interesante creador: “bajo la aparente frialdad —y continúo citando a Taléns— brota la pasión... y los versos del *Diván* se transforman en la expresión de un amor hecho ejemplar al cimentarse, no ya en el goce, sino en la aceptación de su dolor”.

Goce y dolor, conocimiento y reflexión, serán la base de estos atildados poemas, de construcción rigurosamente equilibrada,

que han vertido al castellano con certero tino poético Taléns y Keil. Poemas del tiempo; en los que la perdurabilidad creadora es una posibilidad infinita de conocimiento y, por medio de él, de entrega amorosa a la realidad.

¡Ya sale el sol! ¡Qué espléndida aparición! Le abraza la menguante Luna. ¿Quién unir pudo tal pareja? ¿Cómo explicar este misterio? ¿Cómo?

Poemas donde la fugacidad del goce nos retrotrae a la rica y jugosa poesía ana-créontica, donde los más encendidos arrebatos de pasión encuentran la contenida y justa palabra para ser expresados:

*Únicamente el corazón perdura:
brota con la más tierna juventud;
bajo la nieve y la bruma lluviosa
rabia un Etna en mi pecho.*

.....
*¡Otra botella! ¡Venga, escanciador!
Brindo por ella con mi copa,
y si encontrara restos de ceniza,
ella dirá: ¡Ay, se abrasó por mí!*

No puedo sino anotar estas brevísimas reflexiones. Una entrega de apenas dieciocho poemas, aunque de una inusitada riqueza, no da para más, habida cuenta la penuria que padecemos en cuanto a nexos explicativos para una poesía como ésta. “Poemas del Diván de Oriente y Occidente” debe ser conocido y leído con atención. Cualquier cosa que yo, o cualquiera otro, pueda añadir al perfecto verso goethiano y a la pulcra traducción de Taléns y Keil no hará más que ocultar su verdadera pureza. A ella remito al lector.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—Johan Wolfgang Goethe. “Poemas del Diván de Oriente y Occidente”. Ed. Angel Caffarena. Librería Anticuaria El Guadalhorce. Málaga, 1972. 32 págs.

“ESPERANZALES”

DE

SANTIAGO CARBONELL

Poquísimas ocasiones se le presentan al crítico más o menos habitual de hacer referencia a poetas totalmente inéditos en el contexto de la poesía nacional; y si se presentan, suelen ser soslayadas con cuatro frases amables, aludiendo —por lo general— a las socorridas frases del “escritor en ciernes”, de “el joven y prometedor poeta del que se esperan frutos más maduros”. Pero en este caso, tengo que hacer referencia a una brevísima entrega poética de Santiago Carbonell (1). Creo que es el primer cuadernillo de versos de este escritor que ha visto la luz pública. Y sé hasta dónde puede llegar la ilusión o el afán de un escritor ante su primer libro. ¿Qué debe hacer quien ha de comentar esta obra? ¿Limitarse a reseñar su aparición? ¿Crítico con minucioso rigorismo el trabajo que tiene ante sí? Quizá sean estas soluciones extremas que no pueden contentar ni a tirios ni a troyanos.

Mis lectores saben bien a qué libros suelo dedicar mis comentarios, pero ahora tengo que habérmelas con una brevísima entrega, débil en su contenido, y más aún en su forma. Y no sé si con decir esto pecho de precipitado, pues no conozco más obra que ésta (y algunos poemas sueltos de similar factura) de Santiago Carbonell. Lo que aquí falla, me parece, no es el entusiasmo, ni el fervor poético, sino el planteamiento del hecho de la creación literaria. Yo sé muy poco de todo esto. Bueno, cada día se me hace más difícil tener certidumbres en esto de la poesía. Pero siento muy clara una rigurosa evidencia: el hecho de escribir, el hecho de crear a través de la palabra (y más cuando se trata de poesía) pide, y exige, un muy detenido estudio y un constante trabajo sobre ese lenguaje. No basta con ir cargado de experiencias más o menos sorprendentes, o rasgado por una problemática interna o histórica. Se hace urgente, y ne-

cesario, el certero y ponderado trabajo sobre el medio difícil, resbaladizo, esquivo (y, tristemente, único elemento viable para la creación) que es el lenguaje. Hasta no llegar ahí, no se puede hablar de principios, de inicios o intenciones más o menos logradas. El poema, el libro, puede ser mejor o peor; el uso de la palabra más o menos rico y válido, pero ya estaremos en el ámbito de la transformación poética de la realidad.

Santiago Carbonell —y bien seguros pueden estar quienes me lean que huyo de fáciles paternalismos— es un escritor que se siente arrastrado por su pasión poética, que siente y vive la necesidad de escribir, pero yo le pediría (si de algo le pueden servir mis palabras) que deje todo lo hecho hasta ahora y se haga la pregunta que todos nos venimos haciendo desde qué sé yo cuántos siglos: ¿Estoy diciendo adecuadamente lo que tengo que decir? De la serenidad de su respuesta dependerá la solución al problema de su poesía. Y puedo añadir que la espera (y el trabajo indesmayable para llenar esa espera), aunque lenta, aunque dilatada, nunca será tiempo perdido. Él, en fin, tiene la palabra.

J. R. P.

(1) Santiago Carbonell. “Esperanzales”. Bajarí. Palma de Mallorca, 1972.